

## UNO

La matrona de sonrisa de monja y maneras de púgil palpaba y removía entre las piernas de Luz con los ojos puestos en el techo. Adornaba sus maniobras con gemiditos afirmativos.

Luz se mordía los labios para abortar un ay. Terminada la prospección, la matrona descolgó la mirada, tosió dos veces y anunció que iba a romper la bolsa.

Cuando la lanceta asomó el pico por entre los pliegues de su envoltorio, a Luz se le alborotaron las facultades. La imaginación, en buen estado de forma después de nueve meses de entrenamiento, escapó de la vigilancia del sentido común. Se lanzó detrás de la promesa de dolores inéditos y quiso llevarse con ella a la atención. La voluntad y la memoria sudaron para alcanzar a ambas prófugas. Las encadenaron a un recuerdo en forma de lista, copiada de un libro de consejos para madres bisoñas (dos faldones, pañales, tres pares de patucos, crema hidratante, discos de lactancia...)

Luz escribió la lista en medio folio al cruzar el ecuador del embarazo. El día que cada línea tuvo su cruz, metió la lista en el bolsillo interior de su bolsa de viaje. No volvió a sacarla hasta recibir en los riñones el anuncio de la llegada de su hija. Esa misma mañana, entre contracción y contracción, vació la bolsa sobre la mesa de la cocina. Acarició la ropa de Blanca. Abrió y cerró botes con olor a bebé. Se miró y se remiró las piernas hinchadas. Se propuso recuperar los tobillos a base de caminar empujando un carrito, media hora diaria de gimnasia y dieta estricta. Sacó la imaginación a pasear por un futuro de pañales sucios y arrebatos maternos, hasta que los dolores se acabaron juntando para decirle que era hora de agarrar el teléfono y avisar a Abel. Dejó un mensaje en su buzón de voz. Pidió un taxi. Dobló la ropa, apiló las cajas, plegó la lista y colocó todo de nuevo en la bolsa de viaje. Esperó el timbrazo del telefonillo sentada en una de las sillas altas del recibidor. Al salir de casa, lanzó a su suegro un adiós sin respuesta. Ahora, con la pelvis y las facultades en vilo, una bolsa de viaje en el armarito de la habitación y el envoltorio del bebé a punto de ser rasgado, los artículos de la lista no significaban nada. Eran sólo cosas que recordar, un escudo hecho de palabras para defenderse de la matrona y de su estilete. Entró Abel. Llevaba prendidos de las mejillas el apuro de quien teme llegar tarde a una firma importante y el alivio del que supone haberse ahorrado desagradables preliminares.

—¿Qué tal vas, princesa?

La matrona estuvo rápida:

—¿Y tú que crees, papi?

Un río tibio desbordaba la cuña que la matrona había colocado a las puertas de Luz. Calaba las sábanas. En las antípodas, contra el vientre tenso, dos discos sujetos por una banda elástica mandaban señales de vida a un monitor. Era la máquina suplente. A la titular, un aparato muy plano, no hubo manera de ponerla en marcha. En un arranque de altivez electrónica, se negó a trabajar para Luz. Su sustituto pertenecía

a una generación anterior. Era una gran caja de chapa con una ventanita donde tres dígitos verdes daban volteretas. Al lado de la ventanita, una ranura de la que brotaba una tira de papel con el dibujo de una cordillera. Cada pico correspondía al momento más intenso de una contracción.

Las enfermeras habían abierto en la madre una vía a través de la cual el flujo de oxitocina le crisparía el útero. El tubo que iba del antebrazo a la botella, los dos discos y los mandamientos de la matrona tenían a Luz atada a su postura. No le estaba permitido ni sentarse ni mover las piernas para mitigar el dolor. Sólo pudo (se le obligó a) levantar las caderas para que la matrona retirase la cuña y una enfermera deslizara una toalla, en uno de cuyos extremos azuleaba el logotipo del hospital.

La matrona no se molestó en cerrar la mampara que debía separar la cama de la puerta. Luz quedó expuesta a las miradas de médicos y visitantes que atravesaban el pasillo rumbo a otras madres. Abel se quitó la chaqueta, la colocó en el respaldo de la única silla en la habitación, se aflojó la corbata y se remangó. Parecía que estuviese dispuesto a sacar al bebé él mismo, allí mismo. Luz le pidió un poco de intimidad. Antes de que Abel pudiera correr la mampara, entró una mujer regordeta que le ordenó salir al pasillo por el poder que le otorgaba su fregona y el distintivo azul impreso en el uniforme: la hache, la u y la cruz bordadas también en las toallas.

La mujer pasó una bayeta por pomos y barrotes y recogió basura clínica con ostentosa desgana. Remolcaba su pereza como si Luz no estuviera allí, conectada a un gotero y a un monitor ruidoso, probando a armar otra lista con el gotero, el monitor, la bayeta, las motas de pintura blanca en las patas de la silla, un desconchón en la pared, las varices que trepaban como arañas por las pantorrillas de la limpiadora, los letreros con las palabras *vacío* y *oxígeno* sobre sendos orificios, junto a la cama, y la mampara, inútil acordeón chapado en falsa caoba. Era un mal cebo para la atención. El imaginable escándalo de la sangre y las lágrimas iba a esconder la lista, corta e improvisada, allí donde la voluntad y la memoria no pudieran encontrarla.

La limpiadora limpió poco y fregó mal. Dejó la mampara y la puerta abiertas, y el suelo tan mojado como la toalla. La habitación olía a pino y a pachulí, una mezcla conocida, souvenir del barrio, de cuando Luz volvía tarde de la facultad y tomaba el metro junto a una legión de mujeres regordetas. En aquellos días, desde su estatura de niña bien comida y su carrera superior a medio terminar, anomalías felices en Vistasur, derramaba su compasión sobre las asistentas, vencidas en la batalla diaria por ahogar en perfume su estigma con olor a pino. Era un lujo que podía permitirse a cuenta de los triunfos que sin duda lograría en el futuro, muy lejos del barrio. Arrastrada por el olor de las mujeres regordetas, Luz dejó caer la lista inútil de artículos hospitalarios y se montó en el vagón de la línea tres, Ciudad Universitaria-Vistasur. Se sentó

frente a la estudiante compasiva, una mera silueta. Con la puntilliosidad de un buen retratista, la vistió con unos pantalones de pinzas que por aquel entonces creía favorecedores y una camisa estampada con anclas y cabos. Los motivos marineros siempre estuvieron en boga en Vistasur. Dibujó unos ojos grandes y los sombreó de tenue cansancio, fruto del deber cumplido. Se recordó recordando la tarde en la biblioteca, cualquier tarde, lámparas de bombillas desmayadas tras tulipas verdosas y desertores que terminaban por dejarla sola frente a los apuntes. Muros enladrillados con libros técnicos de tapas blancas. No ceder a la tentación de dejar el resto del tema para mañana. Perseverar, amenazándose con la imagen de las regordetas del metro, con un futuro imposible fregando esas escaleras que despellejaban las rodillas, mellaban las uñas y descascarillaban las ilusiones. Darse un minuto de descanso, nunca más, para estirarse y pensar en lo que espera en casa. En casa esperaba una madre en bata con ganas de hablar, un televisor encendido y cuatro onzas de chocolate en la repisa superior de la nevera. El premio de cada día era un cuadrado negro dividido en cuatro, nunca más, nunca menos. El chocolate le daba dolor de cabeza.

—Espera un momento, que mire qué tal tengo esa semana.

El sobresalto de escuchar la voz de Abel en el vagón hizo que soltara el retrato de sus veinte años. Como si hubiese viajado con una banda elástica atada a la cintura, volvió a toda velocidad y se golpeó contra las montañas de su presente dibujadas en tiras de papel.

El primer paso de Abel fue un resbalón en el suelo aún húmedo. El teléfono móvil brincó entre sus manos como una presa luchando por salvar la vida. Abel logró cazarlo antes de que tocara el suelo. Lo inmovilizó entre el hombro y la oreja levantando un brazo e inclinando el cuello al mismo tiempo mientras rebuscaba en los bolsillos de la chaqueta. Abrió una agenda negra de cantoneras doradas.

—Tengo libre el veintiséis a primera hora.

Miró a su mujer. Le regaló una sonrisa que los pliegues del cuello sobre el teléfono, aprisionado igual que se aprisiona la culata de una escopeta, volvieron mueca horrorosa de cazador. Ella cerró los ojos. Con renovada urgencia por escaparse de las montañas de dolor, emprendió de nuevo un viaje retrospectivo, en busca del vagón de metro, donde esperaba el retrato inconcluso de sí misma.

No llegó tan lejos. No fue mucho más allá de la concepción de Blanca.

Arribó a una tarde de julio, once meses antes. Durante el embarazo, se había convertido en exploradora habitual de aquella tarde veraniega, primer eslabón de una prodigiosa cadena de descubrimientos. Tanto volver allí había desbrozado un sendero que a la memoria le era cómodo seguir y que conducía a un destino menos acogedor que el vagón de su juventud, pero mucho más agradable que las listas tontas o las

sonrisas deformes de Abel hablando por teléfono.

Luz se miraba mirando el fondo de una piscina medio vacía, de pie, al borde, bajo una costra de nubes que embolsaba el aire pringoso. Gotas juguetonas de sudor le hacían cosquillas debajo de la nariz. La blusa se le pegaba a la espalda. Luz hacía sus cálculos. En dos horas y cuarto, el agua había subido...

¿cuánto, baldosín y medio? Seis baldosines no sumergidos aún, no, siete, y parte de la franja superior de hormigón. Unos nueve. Sesenta por dos, ciento veinte. Más quince, ciento treinta y cinco. Ciento treinta y cinco minutos. Entre uno y medio, noventa. Hora y media por baldosín. Nueve entre uno y medio. Seis horas. Seis y cinco, once. Las once de la noche. Si se empeñaba, podría inaugurar la temporada oficial de baños en Villa Sol antes de irse a dormir.

El agua caía con estrépito en dos chorros paralelos. Luz recuperaba un vértigo entrañable. Pertenecía a la niña que cada verano flotaba en el misterio de un abismo, el que se adivinaba entre el último peldaño de la escalerilla y el suelo del extremo hondo de la piscina municipal. Esa distancia indeterminada era el último trecho del camino que ponía a prueba a los más valientes de entre los chicos mayores. Ellos eran los únicos que se atrevían a bucear para tocar el suelo con la mano.

Varias agujas se habían soltado del pino que asomaba su copa sobre la piscina. Bailaban en la superficie al ritmo impuesto por las dos cascadas gemelas. Era hora de volver al comedor y preguntar con una sonrisa hilvanada si alguien quería otra taza de café. Miró de reojo hacia el ventanal. No acertaba a distinguir a los jugadores de fedoy, emboscados en la penumbra del comedor. Ellos, en cambio, sí podrían contemplarla a su gusto. Atrapó un rizo rebelde y lo sometió a la disciplina de la horquilla. Se remitió la blusa y se volvió a calzar. Se habría apostado un mundo a que, mientras don Rufo estaba robando tantos a su hijo Abel y éste se los dejaba robar, la sonrisa desdeñosa de Paloma acompañaba el trote con que su cuñada descendía de la meseta enlosada de la piscina y atravesaba el jardín. Pero nadie le apostaría un mundo al cinquillo, el único juego de cartas que se molestó en aprender cuando era niña. Los Badía sólo jugaban al fedoy.

Entró por la puerta de servicio. Recogió un calcetín del suelo del cuarto de plancha y, aunque parecía limpio, lo metió en la lavadora. Ya en la cocina, se lavó las manos en el fregadero. Un alud de espuma sepultó los restos de una carne engullida sin comentarios por los tres Badía. Solomillo con salsa de trufa, el plato fuerte de Luz, receta materna.

Tomó aire. Empujó la puerta batiente que separaba la cocina del comedor. Los jugadores recibían sus cartas en silencio. Ella se situó detrás de su marido y apoyó las manos en sus hombros.

—Si a alguien le apetece darse un baño esta noche, podrá dárselo —anunció.

—Hablas, papá —dijo Abel.

Don Rufo sujetaba los naipes con la mano derecha y con la

izquierda se frotaba la mejilla.

—Paso.

Era el turno de Paloma. Una manta de viaje la guarecía del frío imaginario del comedor. Había colocado las cartas sobre la mesa. Las levantaba, una a una, con solemnidad de pitonisa.

Ocultaba la mirada tras sus gafas oscuras de presunta fotofóbica, parecía feliz de poseer el secreto de su jugada. Dio una calada al cigarrillo que humeaba en el cenicero.

—Cuando quieras, nos dices —le apremió Abel.

Ella frunció los labios y parió un aro que se disipó antes de llegar al rostro de su cuñada.

—Tarde —dijo Luz, aprovechando el paréntesis. —Sobre las once, calculo yo.

—Paso —proclamó al fin Paloma.

—Noventa en tres vueltas —dijo Abel. —Hablas, papá.

—Bastos.

Resignada, Luz jugó su única baza:

—¿Alguien se apunta a otro café?

Una voz respondió desde detrás del arco que separaba el comedor del rincón del salón que hacía las veces de biblioteca, una voz ronca, la ronquera misma.

—Servidor, si no es molestia.

No era el espíritu del mítico general Sánchez Cortés, antepasado ilustre, su voz herrumbrosa, herida de cien batallas y un exilio. Quien aceptaba la invitación de Luz era un hombrecillo barbudo cuyas visitas a Villa Sol se habían hecho frecuentes en las últimas semanas.

—¡Ah, Silvio, estás ahí! —exclamó Luz con un respingo.

—Sí, ahí está —confirmó Abel, sacudiéndose de los hombros las manos de su mujer y añadiendo a sus palabras insípidas la sal gorda de un desprecio manifiesto por aquel hombrecito.

Esa fue la tarde, esa fue. Esa fue la tarde en que Silvio cruzó la frontera de la pura cortesía. Esa fue la tarde, tan viva en la memoria, en que el narrador de un cuento primordial empezó a cavar, lenta, premeditadamente, alrededor de unos acontecimientos que llevaban quince años enterrados y de los que Luz nada sabía.